

POR MONICA

## EL MOLDE DE LAS LETRAS

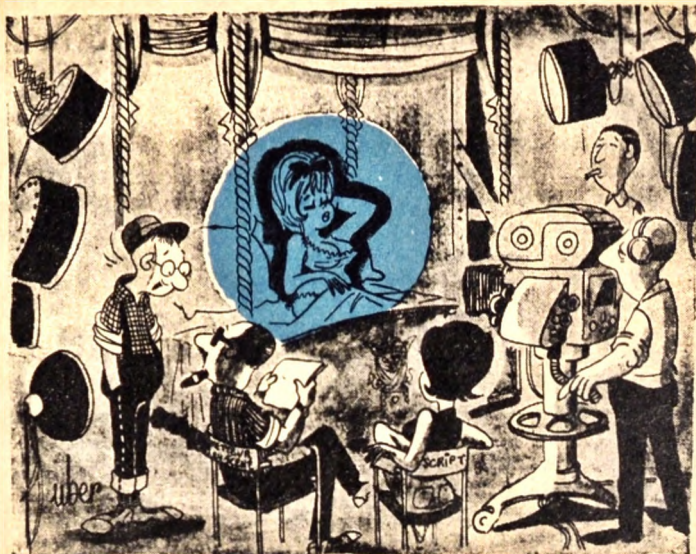
SIEMPRE tuve vocación de periodista, lo que pasa es que Macoco no quería que me moviera de sociales. Pero resulta que el otro día, jugando al bridge, me dice Pantaleoncito, que es hijo de uno de los diarios más importantes de Buenos Aires, que por qué no escribía alguna cosita para él.

—Con seguridad tenés condiciones, gorda —insistía. ¿Cómo te das cuenta, ché? —interrogaba yo. Por la forma de caminar. Caminás de un modo que invita al abordaje, digo, al reportaje — salió diciendo.

Lo cierto es que, de la mañana a la noche, comencé a hacer reportajes para el diario de Pantaleoncito. Me resultó fácil de entrada. Llamo por teléfono a la persona indicada, en este caso una artista muy conocida, y le solicito una entrevista.

—¿Cuántos años tiene? —es una pregunta clásica que dispone bien el ánimo de la reporteadora. Como nadie contesta, sugiero: ochenta, ochenta y nueve?... Y dejo caer un comentario halagüeño: ¡Pero qué bien conservada está! No es cierto, pero es preciso conquistarse su buena voluntad. Esta pregunta, directa, debe ser contrarrestada con algunas sugerencias, indirectas, acerca del ambiente en que transcurrió la infancia de la susodicha. Sombrillas, abanicos, hasta queda bien tararear suavemente "Sobre las olas", lo que produce una avalancha de recuerdos que el cronista utiliza para ambientar la nota. Con los ojos humedecidos por la emoción, la artista no titubea en contar cosas que, de otro modo, no contaría, por ejemplo: cuántas cirugías plásticas, cuántas orgías y cuántos hombres han pasado por su vida. Cuando el número es impresionante, como el que me dió esta conocida artista, no puede ponerse en el reportaje, so pena de causarle un serio tras-

LIBER/ICI PARIS



—Mientras esperamos que llegue, yo podría reemplazar a Belmondo, si le parece...

torno al redactor responsable, pero puede quedar insinuado, delicadamente, como "una mujer que ha vivido".

Describir el ambiente en que vive es fundamental. Yo tomé apunte de catorce floreros finiseculares, cuatro cortinas macramés, dos alfombras persas y un felpudo askeroso, siete gatos de porcelana y un piano de cola con un mantón de Manila bastante desteñido, encima. Y sobre el mantón, la fotografía, no menos desteñida, de la dueña de casa y conocida artista, con un autógrafo de Rubinstein, falsificado. El lector se siente atrapado por la magia del salón en la penumbra y ya se sabe que, en la oscuridad, todos los gatos son pardos, aun los de porcelana.

—¿A dónde va los domingos por la tarde? —es una pregunta hábil, que revela un montón de jugosas inhibiciones. Cuando contestan: me dedico a los libros, como me lo dijo la conocida artista, ya puede usted sacar en conclusión que se duerme unas siestas colosales bajo el doble efecto de los raviolos y el vinacho

de siempre. Yo jamás leo un libro, por ejemplo; pero a nadie se lo confesaría.

—¿Cuáles son sus hobbies preferidos? —es otra pregunta que pone de manifiesto lo más sutil de la personalidad. Ninguna artista conocida declara que colecciona maridos —eso ya se sabe— pero todas —y ésta no se escapó— dicen tocar el arpa o pasear por los parques abandonados.

—¿Le interesa la política? —es inevitablemente contestada con un NO! resuelto, aunque dentro de un cofre de sándalo haya guardadas las más comprometedoras cartas y misivas de amores con senadores, complots ministeriales y varios golpes de estado detallados en papel perfumado y con iniciales en relieve. Para terminar, he aprendido a fingir sorpresa ante la imagen de algún santo iluminado con velitas, en un rincón. Así que usted es muy religiosa — comento con dicción algo solemne, casi cómplice. Todas las artistas conocidas son religiosas. Es algo increíble.